



HISTORIA DE MIRNA Y SU HIJO ROBERTO: AUNQUE YA ENCONTRÉ A MI HIJO, NO DEJARÉ DE BUSCARLOS A TODOS

Nací en El Dorado, Guasave, en 1971, en una familia de seis hijos: cuatro mujeres y dos hombres, siendo yo la más chica, pero la más grandota. Estudiábamos la primaria en La Mochilera y recuerdo que la maestra nos golpeaba por llegar tarde porque todos los días, antes de ir a la escuela, nuestra abuela nos pedía que llenáramos un tambo de 200 litros cada uno con agua de un canal. Si no lo llenábamos no podíamos irnos. En las tardes le ayudábamos a vender el pan, pero como éramos unas chamaquitas y nos gustaba el juego, lo apostábamos en partidas de lotería que casi siempre ganábamos.

Mi papá trabajaba en una máquina trilladora de granos y mi mamá tenía un restaurante móvil que llevaba todos los días al campo para venderle comida a los trabajadores. Vivíamos en una casa muy cómoda de cuatro habitaciones y una cocina grande, y en el patio había una hamaca donde se tiraba a hacer siesta una chiva que teníamos, pero que más bien parecía perro. Nunca pudimos matarla para hacer barbacoa porque era como de la familia.

Mi papá siempre fue un buen lector y me heredó ese gusto, así que desde niña me devoraba las caricaturas y las historias de vaqueros que conseguíamos en los puestos de revistas o que llevaba mi hermano, otro lector empedernido. Sentía que mi cerebro se oxigenaba cuando leía y eso me sirvió para ser una buena estudiante y destacarme por mis calificaciones, siendo siempre una niña de dieces.

En 1986, cuando estaba empezando la preparatoria, a mis 14 años, conocí al padre de mis hijos: Roberto. Era un señor de 34 años que pa-

saba por el restaurante de mi mamá siempre acompañando de mujeres guapas, bien vestido y en sus camionetas del año. Yo estaba niñita, pero me veía grande y empecé a salir con él hasta que me quedé viviendo en su casa sin que mi mamá supiera. No era tan difícil ocultarlo porque iba a la prepa en otro pueblo, allá vivía entre semana y los viernes me regresaba a casa de mis papás. Él era casado y tenía seis hijos, dos con la primera esposa y cuatro con la segunda. Esta mujer le dejó a los cuatro hijos cuando se separaron y yo terminé de criarlos al mismo tiempo que estudiaba, cuando ya estábamos casados.

Al terminar la prepa Roberto me mandó para Los Ángeles a estudiar inglés un tiempo y después me metí a un curso para secretaria ejecutiva; siempre estaba estudiando alguna cosa, hacía talleres, seminarios, me gustaba mucho prepararme. También trabajaba por temporadas en una zapatería, ayudando a organizar la vitrina cuando llegaban modelos nuevos. Como desde niña he sido una amante de los zapatos para mí era un placer trabajar ahí, porque no sólo me pagaban bien, sino que además me regalaban de vez en cuando un par.

Roberto tenía tres refaccionarias, era un excelente comerciante, así que no nos faltaba nada, vivíamos en una casa muy bonita y aunque siempre me dio todo, puedo decir que nunca fui feliz con él. Ya casados y viviendo juntos, Roberto siguió siendo el mismo mujeriego de siempre; por lo menos se metió con seis mujeres mientras estaba conmigo. Nuestra casa estaba en Mochichahui, pero él viajaba a Choix de martes a sábado, así que me la pasaba casi siempre sola porque nunca fui muy amiguera. En esa época trabajaba en un jardín infantil como maestra y quedé embarazada de Roberto, mi primer hijo. Estaba feliz con la noticia, pero tuve algunas amenazas de aborto, así que tuve que cuidarme mucho. Finalmente, mi hijo nació el 4 de junio de 1993, cuando yo tenía 22 años. Era bien prietito, le decíamos “el chanate”, un pájaro que es oscuro; mi “chanatito”, bien travieso desde pequeño. Después de la dieta²⁶ volví a trabajar y me ayudaban a cuidarlo mi suegro y los hijos de mi marido, que ya estaban en la prepa.

²⁶ Se refiere a los hábitos alimentarios y de cuidado que una mujer debe tener durante el puerperio [N. de las E.].

Roberto y yo empezamos a tener muchos problemas porque él era un hombre agresivo y el consumo de alcohol y drogas lo ponía peor. Yo no tenía paz y ya me estaba cansando de esa vida, así que me puse a trabajar mucho para no depender de él. Empecé a hacer mis propios negocios, primero puse un súper y después compré sillas y mesas para rentar; me iba muy bien y eso me permitió comprar algunos solares que luego vendía a un mejor precio. Ya había crecido y me había dado cuenta de que a él no le importaba si yo tenía dinero o no en la mano, porque lo que quería era hacerme completamente dependiente. Con el tiempo él empezó a frecuentar de nuevo a su segunda mujer y un día llegó a pedirme el divorcio.

Andábamos en eso cuando una noche en casa nos pusimos a tomar juntos y me embarazó de Diego. Así sucedieron las cosas: amanecí cruda y embarazada. Después de eso él y yo nunca volvimos a estar juntos y la relación iba de mal en peor; veía que invertía mucho en poner la casa bonita, pero también me iba quedando claro que él no quería esa casa para mí ni para mis hijos. Las cosas que compraba las ponía a nombre de los hijos de su otro matrimonio, entonces yo empecé a tomar el dinero que les correspondía a los míos para garantizarles un futuro.

Cuando mi hijo Diego tenía 13 años, Roberto y yo nos divorciamos formalmente, aunque estábamos separados hacía años. El proceso fue muy doloroso porque él se portó muy egoísta, quitándonos todo y sacándonos de la casa. En ese tiempo mi mamá tenía cáncer de colon, y cuando me iba a cuidarla Roberto aprovechaba para sacar cosas de la casa o cambiar la cerradura. Lloré mucho el día que firmamos el divorcio porque sentía que había fracasado en el sueño de tener una familia.

Más de 20 años estuvimos juntos, y ahora que lo veo a la distancia valoro también lo bueno que me dejó el tiempo con él: mis dos hijos, Roberto y Diego, que son lo mejor que me ha pasado. Pero también reconozco que ese hombre me formó, me enseñó a defenderme y me dio herramientas para poder valerme por mí misma. Gracias a él aprendí a

distinguir a la gente mala de la gente buena y me hice bien trucha²⁷ para los negocios.

Ya divorciada me fui a vivir con mis hijos a Los Mochis, y muy pronto, cuando cumplió 15 años, Roberto se casó y me hizo abuela. Pero no duró mucho con la muchacha porque era bien mujeriego, igual que su papá, de modo que al desaparecer a sus 19 años ya tenía tres hijas preciosas de tres mujeres diferentes.

A mi hijo Roberto lo desaparecieron el 14 de julio de 2014, pero me enteré hasta el día siguiente, y en cuanto supe me fui al Ministerio Público a poner la denuncia. Había perdido algo muy querido y no podía quedarme de brazos cruzados esperando a que apareciera. Le insistí a las autoridades para que lo buscaran y ellos me dejaron muy claro que no iban a hacerlo, obligándome a convertirme en lo que hoy soy: una buscadora. Lo primero que hice fue poner su foto en las redes sociales y buscar a algunos periodistas para que me ayudaran, publicándola en la prensa.

Hasta entonces sabíamos que las desapariciones ocurrían, pero nadie se atrevía a exponerlas de esta manera, de modo que cuando apareció la foto de Roberto en los medios algunas mamás empezaron a ponerse en contacto conmigo porque ellas estaban viviendo la misma situación. Éramos como seis señoras que empezamos a compartir información sobre cómo habían pasado las cosas y nos poníamos de acuerdo para salir a buscarlos.

Un día andaba yo en una gasolinera y se me acercó un borrachito; me dijo que él sabía que a los muchachos que secuestraban los estaban enterrando por las orillas del pueblo. Ese mismo jueves 17 de julio empezamos a buscar el señor y yo, y lo seguimos haciendo por un buen tiempo. Cuando llegábamos al terreno señalado, él se iba por un lado y yo por el otro con mis hermanas y mis conocidas, que me apoyaron mucho durante los primeros días de búsqueda. Recorríamos las orillas de los canales, caminábamos rodeando el río, atravesábamos los lotes baldíos y explorábamos cualquier terreno en el que pudiera estar. Como

²⁷ Persona hábil o con capacidades excepcionales para alguna actividad u oficio [N. de las E.].

a Robertito se lo llevaron en una camioneta negra, me la pasaba buscando carros similares, y donde veía uno ahí me paraba a buscar. Pasé más o menos tres meses sin dormir, o durmiendo muy mal, mi vida era buscarlo noche y día. Al mismo tiempo, su papá empezó a moverse con jefes de plaza y les ofrecía dinero para que le ayudaran a encontrarlo.

Después me llegó información de que a mi hijo se lo había llevado “El Cucho”, un jefe de plaza de Mochicahui que yo había conocido cuando apenas era un chamaco. Recuerdo que lo aconsejaba mucho, pero él se metió en negocios sucios desde muy joven y andaba con sus pistolas y sus carotes. Fui a buscarlo a su casa y casi le tumbo la puerta de tocar tan recio porque estaba muy enojada de sólo pensar que había sido él quien se había llevado a mi hijo. Me abrió la puerta en calzones y yo le pregunté si se había llevado a Roberto, él me aseguró que no y me pidió que regresara el siguiente jueves para darme información. Sabía que si se lo había llevado “El Cucho” era muy posible que Roberto estuviera muerto, porque así trabajaba él; por eso empecé a buscarlo en fosas, aunque nunca perdí la esperanza de encontrarlo con vida.

Me concentré entonces en buscar con el borrachito y encontramos la primera fosa, el 19 de julio de 2014, detrás del panteón de Mochicahui. Esa vez hallamos cinco cuerpos. Durante la exhumación se acercó Yaya, que tenía a su hijo Román desaparecido desde hacía unos meses. Me sorprendió porque yo la conocía desde hacía años, pero no sabía que su hijo estaba desaparecido. Es curioso, uno no piensa en estas cosas hasta que le pasan; yo, por ejemplo, creía que esto sólo le pasaba a la gente mala y que a mí nunca me iba a pasar, vivía en una burbuja.

Cuando encontramos los cuerpos llamé a la Procuraduría para que fueran a hacer el levantamiento, pero me dijeron que con la lluvia no podían ir, así que me quedé a dormir en el lugar para asegurarme de que no iban a moverlos. Llegaron a las 11 de la mañana del día siguiente y estuvimos ahí hasta la noche, cuando los exhumaron a todos. Esa primera vez que vi una fosa algo se me quedó en el cuerpo, un horror que nunca se me ha quitado.

Después me enteré de que “El Cucho” había levantado a mi hijo en una ocasión anterior y lo había tenido un día completo amordazado y

encerrado, amenazándolo de muerte; me lo contó su novia Dulce. Resulta que Roberto vivía con esta muchacha, pero se separaron cuando ella quedó embarazada porque mi hijo, bien tremendo, ya andaba con otra, con la que también tuvo una hija. Pero como Roberto era tan mal portado con las mujeres, volvió con Dulce y dejó a la otra muchacha con el embarazo. Estando con Dulce empezó a salir con otra muchacha a la que también dejó embarazada —su tercera hija—, y cuando Dulce se enteró lo dejó otra vez. La casa donde vivían era de una mujer que salía con “El Cucho” y se fueron debiendo algunos meses de renta, así que según esta historia “El Cucho” levantó a Roberto para cobrarle lo que le debía a su mujer. Además de esto, parece que estaba presionando a mi hijo para que vendiera droga en la gasolinera donde trabajaba. Roberto vendía CDs en la estación que está a la entrada de El Fuerte y tenía también que pagarle cada domingo 500 pesos a policías de la PGR, las “madrinas”, para poder vender su mercancía. De todo esto me enteré después, haciendo mis propias investigaciones. Pero yo ya andaba en las búsquedas, así que me olvidé de “El Cucho”; sólo supe que lo levantaron quince días después de la desaparición de Roberto y encontraron su camioneta quemada. Me fui enterando de que “El Cucho” no operaba sólo, sino que lo hacía con “El Santos”, el comandante de la Policía de El Fuerte.

Las primeras Buscadoras que nos juntamos fuimos Yaya, Reyna Cerna, Karla Gómez, Lucy Soto y yo. Empezamos a subir fotos a *Facebook* de nuestros hijos y el 12 de septiembre de 2014 hicimos nuestra primera marcha. Llegaron alrededor de 25 mujeres porque hicimos una convocatoria a través de los medios de comunicación y las redes sociales. Ese día juntamos, entre todos, 34 casos, porque había familias en donde habían desaparecido dos o tres personas.

Fue una marcha muy triste, íbamos cargando las fotos de nuestros plebes y pedíamos a gritos que nos los entregaran, algunas no podían contener el llanto. Cuando llegamos al Palacio de El Fuerte el presidente municipal no estaba y nos atendió su secretario. Ese mismo día en la tarde me llamó el subprocurador de Justicia, Evaristo Castro, y me dijo que nos veíamos muy mal haciendo esas cosas porque ellos sí nos estaban atendiendo a las familias. Entonces me pidió que me fuera

con todas las mujeres para que nos hicieran las pruebas genéticas al día siguiente. Llegamos a la cita a las 10 de la mañana, pero ocurrió un accidente en la carretera y murió nuestra compañera Lucy. Fue un inicio muy triste.

Ese día nos tomaron las muestras de ADN, pero era pura simulación porque no se las estaban haciendo a los cadáveres que encontraban y por eso nunca había resultados. Además, el estado no tenía su laboratorio de genética y mandaba todo a la Ciudad de México, lo que hacía mucho menos eficiente el proceso.

El 17 de septiembre nos reunimos por primera vez con el procurador general del estado en sus oficinas, no quería que lleváramos prensa, pero nosotras insistimos y metimos a los periodistas con nosotras. Presentamos una a una los casos y algunas madres empezaron a señalar al comandante Amarillas, que estaba en la reunión, diciendo que él sabía dónde estaban sus hijos porque él era responsable de esas desapariciones. Éramos como treinta mujeres, y saliendo de la reunión decidí hacer un grupo de *WhatsApp* para comunicarnos, le puse “Desaparecidos de El Fuerte”. También creé un grupo de *Facebook* en el que empecé a recibir muchas fotos y mensajes de gente de todo el país buscando a sus desaparecidos y, por supuesto, también mensajes de gente que se aprovecha del dolor ajeno, extorsionándonos o dándonos información falsa. Fui varias veces a buscar a Roberto a otros estados porque me decían que andaba por allá, y gastamos mucho dinero con gente que supuestamente nos quería ayudar.

El 17 de noviembre de 2014 nos volvimos a juntar para hacer una manifestación en apoyo a la maestra Rosa Elia Vázquez, que ya cumplía un año buscando a su hijo. Un mes después, justo el 17 de diciembre, conocí al periodista Javier Valdés, que asesinarían tres años después. Esa vez Javier y yo nos encontramos en un café a conversar; me dio consejos sobre cómo tratar con los periodistas y con el gobierno. Era mi “Pepe Grillo”, mi conciencia. Fue él quien nos bautizó como “Las Rastreadoras”.

Nosotras sabíamos que gran parte de las desapariciones ocurridas en el norte de Sinaloa eran cometidas por policías, por lo que exigimos

al gobierno que les quitara las capuchas porque no podíamos verles la cara cuando hacían operativos. Con la cara de trapo no podíamos saber quiénes se estaban llevando a los muchachos. Y sabíamos también que las cabezas de la policía y de seguridad pública trabajaban para el crimen organizado. Eso nos ha quedado claro desde el inicio, aunque insistan en negarlo.

El 25 de mayo de 2015 fuimos por primera vez a la Ciudad de México, invitadas por la Red Enlaces Nacionales, y nos conocimos con compañeras y compañeros de todo el país. Después tuvimos una reunión con las cabezas de la Procuraduría General de la República y de Províctima, que nos atendieron y tomaron nuestra declaración, abriéndonos expedientes federales. Era la primera vez que iba a la Ciudad de México y que asistía a reuniones de ese tipo, así que aproveché para pedirle a las autoridades que vinieran a Sinaloa y atendieran a las familias. Logramos que vinieran el 24 de junio de 2015, y unos días después mandaron a unos ministerios públicos federales para que levantaran denuncias a un total de 60 familias. Quienes alcanzamos a poner denuncia federal empezamos a ser atendidas por los psicólogos de Províctima y recibimos apoyos de despensa, salud y otras cosas.

En mi caso particular, los investigadores de la PGR empezaron a venir para avanzar en la búsqueda de Roberto, pero como tenían la intención de esculcar en donde no debían, empezaron a llegarme amenazas. Un día que andaban los ministerios públicos investigando mi caso aquí en Los Mochis recibí una llamada de un hombre que me pedía que me reuniera con él porque me iba a decir dónde estaba Roberto, pero me pidió que fuera sola. Cuando llegué al lugar me encontré con un grupo de mujeres y hombres encapuchados y su jefe me dijo que le parara de estar investigando porque les estaba calentando la plaza²⁸ con esa gente de la Ciudad de México. “Muerto el perro, muerta la rabia”, me dijeron. El mensaje era claro, o paraba o me iban a matar. Para eso ya éramos 120 mujeres en el grupo, y entonces les dije que podían matarme pero que detrás de mí venían otras 119 mujeres buscando lo mismo. Al final me

²⁸ Hace referencia a la acción deliberada de un grupo armado para escalar la violencia en algún territorio, con el propósito de obtener control, ya sea a través del terror causado a la población o de la afectación negativa a sus contrincantes [N. de las E.].

dejaron ir. Saliendo de allí puse una denuncia en la Procuraduría estatal y el gobernador me mandó seguridad, pero no la quise, aunque tenía miedo. Las señoras también se pusieron muy nerviosas y empezaron a decir que mejor le paráramos, pero al final decidimos seguir.

Hasta entonces nos reuníamos siempre en mi casa, y cuando salíamos a búsqueda nos encontrábamos al frente de la Procuraduría para agarrar camino hacia el monte. El 1° de julio de 2016 inauguramos nuestra primera oficina en el centro de Los Mochis, y un poco después el presidente municipal nos dio una camioneta para ir a las búsquedas.

Nuestro propósito siempre ha sido buscarlos y encontrarlos a todos porque sabemos que por más que le pidamos al gobierno que los busque no lo va a hacer. Entonces, en vez de pasarme la vida pidiendo algo que no va a pasar, decidí buscarlos y con esto darle una cachetada con guante blanco al gobierno, porque cada vez que encuentro le digo que es un inepto, y además le digo que eso que tanto niega, que no quiere reconocer, sí existe, ahí está, y le pongo las pruebas: todos los restos que hemos encontrado en fosas que eran de nuestros hijos desaparecidos.

Por suerte, encontré a mi hijo Roberto justo tres años después de que me lo desaparecieran, el 14 de julio de 2017, en un cerro en las inmediaciones de Ocolome, El Fuerte. Desde que llegué al lugar sentí que mi hijo estaba conmigo, y al encontrar los primeros huesos no tuve duda de que era él; vi sus calcetines y unos pedazos de la mercancía que vendía, sentí también su aroma y su esencia. Mis compañeras me dieron mucho apoyo ese día y buscaron como nunca hasta que logramos reunir todos los restos que estaban dispersos por el cerro. Yo, que hasta ese momento presumía que la desaparición en Sinaloa era, en comparación con otros estados, menos perversa porque encontrábamos a nuestros hijos completos, encontré a mi hijo en pedacitos. En septiembre regresé al lugar a recuperar lo que pudiera haberse quedado el día de la exhumación, no quería que quedara ni una uña de mi hijo en ese lugar. Parece una mala jugada del destino que a pesar de todo el esfuerzo mi hijo no haya sido recuperado completo.

Fue el número 93 de los cuerpos recuperados por Las Buscadoras. Ese día murió mi esperanza de encontrarlo vivo, pero también des-

cansé porque finalmente le cumplí la promesa de encontrarlo. Desde entonces uso la playera verde que comparto con mis compañeras que también han encontrado a los suyos y que lleva la leyenda “Promesa cumplida”.

Por su puesto que también queremos justicia, pero no es el momento para pedirla porque vivimos en medio de un contexto que nos pone en riesgo y pone en riesgo a nuestras familias. Esperamos que algún día sea posible castigar a los responsables, porque ni Roberto ni los otros muchachos merecían lo que les pasó.

LÁGRIMAS PARA MIRNA

*Entre lágrimas te digo Mirna
quizá lo que ya sabes,
que hay fuerza que sale de lo profundo
que sobrepasa aquello que somos,
es algo más grande que nosotras mismas,
es el camino al que somos empujadas
para cumplir con aquello que de forma misteriosa
nos es encomendado.*

*Tu dolor no ha sido en balde,
tu búsqueda se ha convertido en cientos de búsquedas,
tu causa lleva el signo de la justicia verdadera,
tu fuerza impactante nos recuerda que la verdad nos llama a descubrirla,
que la intención y la voluntad son energías
que nos recorren el cuerpo y que hacen que busquemos adentro de la tierra
las respuestas.*

*Rastreadora, has sobrevivido con todo tu ser a lo que no creíste que sería,
talentosa has encontrado el camino
siendo instrumento para que otras hallemos a hijos, hijas,
esposos y familiares levantados en esta absurda guerra
que sólo ha tenido por objetivo desmembrar nuestro país,
vender armas, sembrar cuerpos como si no importaran,
pero sí importan.*

*Y tú, por encima del miedo,
con el escudo de tu cuerpo,
has enfrentado esta barbarie
y convertido el dolor en un llamado, una acción,
a la lucha cotidiana por encontrarlos.*

MARINA RUIZ